

EL PICAFLOR (CHLOROSTILBON AUREOVENTRIS).

Es el picaflor más común de nuestra región ribereña y del cual he tenido ocasión de presenciar y seguir la evolución en la confección del nido, postura y cría de los pichones; y como pasa en ellos, lo mismo ocurrirá sin duda con las demás especies de picaflores.

En el nº 2, vol. IV de EL HORNERO, ya hice mención de haber observado en la primavera de 1927 que esta ave hace 3 posturas y siempre en distinto nido, pues así lo hizo ese año. En la primavera de 1928 tal vez el mismo casal, volvió a nidificar sobre una rama de un frondoso « Jazmín del país », que pasaba por debajo del alero de la galería de la casa paterna de mi esposa en Zelaya, a 3 metros de altura, lugar donde constantemente por debajo de él pasaban las personas, o se sentaban a pocos pasos y lo observaban sin que por ello la hembra en su nido se molestara lo más mínimo. Comenzó el nido con alcachofas, hojitas y telas de arañas que encontraba en los tirantes de la galería y de un naranjo próximo, fué uniéndolas formando el nido. A medida que lo hacía se echaba en él y con las patitas lo arreglaba y con la lengua le pasaba por el contorno para alisarlo y ligarlo mejor con ese líquido glandular, glutinante, que muchas aves insectívoras segregan para atrapar más fácilmente pequeños insectos y que aprovechan para dar más consistencia al nido. A los 5 días comenzó la postura y al mismo tiempo en cada salida acarreaba algún elemento para el niño; 3 días después completó sus 2 huevitos y a los 15 tenía los pichones. La hembra puramente se ocupó en la fabricación de la vivienda y en el acarreo de alimento para sus hijos; el macho, en cuanto ella comenzó la incubación desapareció y no se le volvió a ver hasta que los pichones fueron grandes. A los 20 días de nacidos salieron éstos del nido; los primeros días subían a las ramitas contiguas, se espulgaban y ejercitaban sus alitas, volviendo al poco rato al nido, donde por turno recibían el alimento: arañitas que la madre sacaba de entre los tirantes y de un naranjo, como también pequeños insectos de los rosales. Cuando ya a los 5 días salieron definitivamente del nido, la hembra comenzó nuevamente a arreglarlo, pues había quedado algo chato en sus bordes, con nuevas alcachofas y rellenándolo algo por dentro; y a los 5 días volvió a poner, y así por 3 veces consecutivas en el mismo nido. El padre siguió criando a los pichones y enseñándoles a buscarse el alimento, los cuales revoloteaban con él por la quinta y se posaban largo tiempo en las ramas de los árboles y arbustos. Al año siguiente, o sea en la primavera de 1929, no volvieron a ocupar ese nido, el cual quedó intacto tal cual lo dejaron el año anterior. En conclusión, todo ello me hace suponer que pueden aprovechar el mismo nido para las crías sucesivas; cuando no los apura la nueva postura y los pichones abandonan con tiempo el nido, y siempre que éste ofrezca seguridades contra los peligros o las intemperies.

JOSÉ A. PEREYRA.